

Entrevista a Mariano «Paparí» Sepúlveda¹

Meining Cheung Ruiz

Universidad de las Artes

Correo electrónico: meining.cheung@uartes.edu.ec

ORCID ID: <https://0000-0002-1115-6196>

Pocas veces se tiene la oportunidad de compartir con una estrella y este fue uno de esos pocos momentos. Meining Cheung Ruiz entrevista a Mariano «Paparí» Sepúlveda, guitarrista de la mítica agrupación colombiana de los años setenta Afrosound. La entrevista ofrece luces de los comienzos de Paparí y transcurrió entre lo anecdótico y lo didáctico. Contó con la participación del maestro Carlos Caballero, Ph. D., decano de la Facultad de Artes y Humanidades del ITM. Entrevista realizada el 28 de abril de 2022.

¹ Este trabajo forma parte del proyecto «(Inter)subjetividades y (de)construcción sonora. Estudios sobre síntesis, acústica y la musicología de la grabación y la performance». Código: VPIA-2023-15-PI. Adscrito al Grupo de investigación S/Z de la Universidad de las Artes, Guayaquil.

Mariano Sepúlveda [MS]: Mi nombre es Mariano de Jesús Sepúlveda González. Mi edad es de 74 años, mi profesión como músico, guitarrista, aunque interpreto algunos otros instrumentos de cuerda, pero mi especialidad es la guitarra. Canto también, especialmente en la *whiskería*.

Meining Cheung [MCh]: No sé si nos puede comentar un poquito acerca de su historia y ¿cómo pasó? ¿Cómo llegó? Digamos, el camino más el aprendizaje desde el punto de vista como músico.

MS: Desde niño, cuando llegué a la ciudad procedente del campo, tuve la oportunidad de trabajar con un señor, que me dio cabida en un establecimiento, un *grill*. Yo empecé a trabajar a la edad de 13 años y allí me engomé mucho con la guitarra, aunque yo traía muchas líneas desde el campo, porque se tocaban muchos instrumentos empíricamente, pero con gusto y distracción. En ese establecimiento, tuve la oportunidad, bajo la tutela y bajo el patrocinio del dueño, el señor Leopoldo Yépez. Para mí fue mi segundo padre, me dio trabajo y la oportunidad de estudiar algo de la guitarra, de forma empírica. Mi primera guitarra me costó 300 pesos de aquel entonces, y la pagaba por cuotas de ocho pesos quincenales.

Parece un cuento infantil, pero se me hace bonito recordarlo, porque esa fue mi iniciación de todo lo grande que me ha dado el Señor, grandes amigos, como el señor Carlos Caballero, el señor Juan Diego Parra Valencia y la Universidad de las Artes que me da esta oportunidad. De allí, el día menos pensado fui llamado a un grupo pe-

queño de barrio llamado los New Star Club, un conjunto de música *bailable*. Y allí llegué yo espontáneamente y cogí la guitarra —que nunca había tocado una guitarra eléctrica— y me dijeron, «vea, ¿usted se sabe tal y tal cosa?», y yo toqué un pedacito y me dijeron: «Sí, eso es, eso es lo que necesitamos, eso es lo que queremos».

Así fui desarrollándome, y de un momento a otro me decían: «Toca tal canción». Y la tocaba. A la tercera prueba, la mayoría de los integrantes me dijeron: «Hermano, usted es el guitarrista de este grupo. Esta misma semana tenemos nuestra primera presentación en dos grilles». Y les dije: «No, no se va a poder». Porque yo iba a cumplir casi cinco años de trabajar con el señor Yépez y, en ese entonces, uno tenía que pagar preaviso para poderse retirar. Yo le dije: «No, yo tengo que pagar el preaviso». Y me contestó el baterista, que era muy joven, pero era un intelectual: «Qué va, pelado, cuál preaviso, ni qué pan caliente, usted ya es guitarrista, usted váyase de aquí. Mejor dicho, es que usted está preocupado por la liquidación que le van a dar, nosotros se la damos».

Y dije: «Muchas gracias, pero para mí no es solo la liquidación, es el agradecimiento que tengo con el señor Yépez». Resumiendo, yo salí de ahí a trabajar al *grill*, porque eso fue en un ensayo que me llamaron. Cuando llegué al *grill*, yo le cuento a don Leopoldo lo que pasaba. Y me dice: «Espere un momentico, Mariano. No se preocupe, yo no puedo interponerme ni truncarle a usted sus cualidades y mucho más su oportunidad en la música. Váyase, yo llamo a un hermano mío o a alguien de aquí que me colabore en el bar. Váyase,

experimente y me cuenta». Salí de ahí e hice mi primera presentación.

Yo en el *grill* ganaba 84 pesos semanales. Y en esos dos toques de fin de semana con la orquesta, me gané 400 y pico. Cosa grande para mí, por la diferencia de dinero, y yo nunca había estado acostumbrado a ganar dinero, sino simplemente a trabajar y a tener mi comida, y con eso era feliz. Pero cuando vi eso, sinceramente no sé, no veía la hora de que fuera el lunes para regresar a mi *grill*, era mío porque fue la casa donde tuve a ese señor que fue mi segundo padre. Me dijo: «Mariano, ¿qué hay? ¿Cómo le fue? Siéntese aquí, cuénteme». Y le conté, cuando le dije que habíamos tocado, que el grupo era muy bueno, que sonaba muy bonito, que me habían dado un chaleco como uniforme y que me había ganado 400 y pico de pesos, me dijo: «Muy bien, eso está muy bonito, eso está muy bien, Mariano, no se preocupe. Usted va a seguir en eso».

Le dije: «No, don Leopoldo, pero yo vengo aquí y sigo trabajando con usted en la semana y...». «No. Lo que vamos a hacer es que esta semana va a venir el miércoles, invite a alguno de su familia o sus amigos, venga acá, que le voy a hacer una despedida». Y así fue. Me fui allá, me hizo una despedida, aproveché que él estaba iniciando una orquesta y ese día los citó para que hicieran una especie de ensayo y al mismo tiempo una especie de diversión y de música para nosotros. Cosa que nunca en la vida olvidaré y que llevaré siempre en el alma, muy lindo ese detalle. Después me dijo: «Yo no le voy a dar liquidación, ni le voy a decir nada, simplemente le voy a dar esta plata». Recuerdo que me

dió un cheque por un valor de 2000 pesos y me pareció un ángel para mí.

Con esos 2000 pesos compré una estufa de dos fogones eléctricos para mi casa, marca Zero. Compré zapatos y camisas nuevas para mis hermanos y para mí. Compré una bicicleta, porque lo primero que pensé era en cómo iba desplazarme, porque los buses y los taxis valen dinero y la bicicleta cuesta una sola vez y me podía desplazar para donde fuera. Seguí visitando a don Leopoldo, yo le enseñé a tocar un poquito la guitarra y a cantar canciones de Fernando Valadés, de Agustín Lara. Él era feliz, yo me iba en la semana para allá y me ubicó una pieza en su casa donde yo me quedaba a dormir. Yo madrugaba para limpiar la casa y me decía: «¡Mariano, no tiene que hacer eso!». Es verdad, yo no tenía que hacerlo, pero yo lo sentía como un papá. Hasta que falleció el día menos pensado, sufría del corazón y con un sentimiento muy grande lo despedimos.

Continué mi vida. Después de los New Star Club, hice mi primera grabación en un sello llamado Discos Victoria, con el tema *Cumbia estrella*. Espontáneamente fue un éxito y me abrió muchas puertas. Aunque tuve una decepción, lástima tener que contarlo, pero yo soy muy sincero. Primero que todo, respetuoso y segundo, sincero. Cuando hicimos la grabación, al cabo de los días me dice el señor de la empresa: «Mariano, vea, ese grupo, esa canción la firmaron aquí los señores Fulano y Fulano a nombre de ellos». Y yo dije: «No. A nombre de ellos, no. Es a nombre de todo el grupo». «No, eso lo firmaron ellos y tienen todas sus regalías». Yo no sabía qué era regalía, le dije: «Yo quiero que sea de todo el grupo». Y entonces

me dicen: «Eso no se puede, porque oficialmente está hecha la declaración». Me dio una decepción cuando el señor me explicó lo acontecido y lo que venía por acontecer.

La siguiente semana llegué al ensayo y les dije: «Muchachos, buenas tardes y hasta luego». No sé, ellos se quedaron como medio perplejos ahí, como sorprendidos y lo tomaron como una charla. Me dice Edgar, el baterista: «¿Cómo así, Mariano? Explícanos mejor qué es eso, que buenas tardes y hasta luego». Le dije: «Me retiro del grupo». «Pero ¿por qué? ¿Qué pasó?». Les conté todo. Ensayábamos en la casa del director, él y el cantante, que era un abogado, estaban arriba, no habían bajado y Edgar pegó aquel grito: «¡Luis Carlos, haceme el favor! ¡Jairo, haceme el favor!». ¿Cómo así que hicieron esto con este muchacho?».

Dijeron: «Lo que pasa es que..., espere, a ver, le explicamos...».

Y yo les dije: «No. Así no fue como pasó». Y me fui. En menos de cien pasos, detrás de mí venía el que tocaba la tumbadora, detrás el que tocaba el bajo, más atrás el baterista y un muchacho que era de procedencia americana, el gringo, le decíamos nosotros, que tocaba el saxofón, me gritó:

— ¡Mariano, Mariano!

— ¿Qué pasó? ¿Por qué me siguen, muchachos? — dije.

— Nosotros también nos vamos.

— ¿Cómo así? — pregunté.

— Sí. Estos bandidos que sigan con lo que quieran, menos con nosotros. También nos retiramos.

Y así fue. Qué pena tener que contarles esta historia, pero fue la inicial y ya les voy a resumir el final

hasta donde estoy. Pero así fue. Inmediatamente yo me retiré, digamos que eso fue un martes, el jueves de esa misma semana recibí una llamada: «Mirá, hombre. ¿Vos sos el guitarrista que grabaste tal canción?». «Sí señor, cómo no». «Nosotros estamos interesados en que tú hagas parte de este grupo que se llama Los Claves». En ese entonces era un grupo de fama, hasta tenían un carro. Había un avance muy grande y me dijo el señor que, en otras cosas, le decían el Gago porque hablaba así. «Vea, hombre, yo le voy a pagar el doble de lo que le pagan allá y aquí vamos a viajar a muchas partes y vamos a montar en avión». Hasta susto me dio, un campesino. «¿Voy a montarme en un avión?», dije.

Era Oscar Giraldo, quien pertenecía a un clan familiar, empezando por el papá. El papá también era músico, una gran gente. Pero usted sabe que siempre en el rebaño está la ovejita de otro color. Entonces, así fue. «Mañana podemos ensayar; lo esperamos». Me dirigí allí, recibí el llamado de mis excompañeros pidiendo excusas, diciéndome que rectificara, pero mi decepción era muy grande. Entonces yo dije: «No, porque es que cuando se hace una cosa por primera vez, por lo regular se sigue haciendo. Lo que dice Willie Colón, árbol que nace volteado...». Entonces, es una enseñanza que la vida nos da y que, si la tomamos en cuenta a tiempo, nos evitará muchos disgustos. Inmediatamente me fui a ese grupo. Claro, un grupo de mucha calidad, de mucha clase, de mucho rango. Ahí me empecé a sentir un artista, cosa que para mí era como muy incómodo, pero, afortunadamente, era para mí solamente, no era para

más nadie. De ese grupo, hicimos muchas grabaciones, empezamos a sonar en una parte, en la otra.

Carlos Caballero [CC]: La primera grabación de Mariano, como él dijo, la hizo en Discos Victoria de Don Otoniel Cardona. Que, además de ser el dueño de Discos Victoria y de traérsela de Cali —porque una disquera, que empezó en la ciudad de Cali, se la trajo de la década de los sesenta—, lo más importante de Don Otoniel era que era el dueño de la mitad de las tiendas de discos en Colombia. La industria discográfica en la década de los cincuenta —toda la década hasta que entró lo digital y el *streaming*— dependía de las tiendas de discos. Nadie peleaba con él, ninguna. Porque era pelear con el que les vendía la música. Entonces, este señor en la década de los sesenta tuvo un emporio de venta de discos en Colombia. De eso fue los cimientos de la historia que él cuenta y Los Claves era una agrupación de baile, trabajan en clubes, fiestas y tenía picas. Pero ellos sí pertenecían a Codiscos. Entonces, digamos, que era que todo lo que narraba don Mariano todavía no entraba a cuentas.

MS: Haciendo aclaración sobre lo que comenta mi querido profesor Carlos, ahí empezó otro cambio de superación y de nivel, porque no solamente dejaba una casa disquera que era muy grande, en el sentido que tenía acaparada muchas ventas. Pero al hacer el cambio de esa casa disquera a Codiscos era un paso muy alto, era una empresa internacional y tenía representación dentro y fuera del país: México, Argentina, en Sudamérica. Allí llegamos a grabar. Estando en

los clubes, fui llamado también por un señor llamado Julio Estrada. Me dice: «Hombre, venga, hablas con Julio Estrada». Más adelante lo bautizamos Fruko porque se parecía a una muñequita que salía en una salsa muy popular.

CC: La salsa de tomate Fruko fue importante en esa década, a finales de los 60 y a inicios de los 70, y ese nombre se lo pusieron a él cuando estaba en Corraleros, ¿no?

MS: Sí. Cuando entramos con el clan en Fuentes. Él, con los Corraleros, empezó como baterista, porque él fue al final del tiempo y en la consecución de toda su carrera un gran bajista, pero él era percusionista. Entonces, cuando entró, nosotros muy disimuladamente por ahí: «Este se parece como a la muñequita de la salsa». «Y le gusta la salsa», entonces sí, así fue. Bueno, total que Julio Estrada me dice: «Mira hombre, ¿cómo es que te llamas?». «Mariano Sepúlveda». «¿Por qué no te venís por aquí a Discos Fuentes, que necesitamos hablar contigo?». Y le dije: «Bueno, sí, señor». Entonces, hice un comentario con alguno de los amigos, porque yo era total desconocedor en todos los sentidos y en toda la línea de todo. Yo era muy campesino, yo no era de la ciudad y aquí todo el mundo me decía: «¿[Discos] Fuentes? Sí, es lo máximo, es quien manda en este país».

Dije yo: «Bueno, Dios santo bendito». Cogí mi bicicleta, me fui y allá llegó él, me dice:

— ¡Hola, Mariano! ¿Cómo estás?

— ¡Hola, don Julio!

— No, dígame Julio. Somos iguales, o, mejor dicho, yo creo que yo me veo más joven que usted.

Y en verdad era más joven que yo.
Continúo:

—Le presento al patrón, don José María Fuentes.

—Hola, señor, ¿cómo está? —me dice—. ¡Bienvenido, muchacho, porque entró por esa puerta y yo no sé cuándo va a volver a salir de aquí!

A mí me daba como cosa, pero como no me da temor nada, bendito sea Dios, porque tuve un ancestro en mi niñez demasiado brutal, perdónenme la expresión. Porque me tocó un tiempo de violencia, entonces a mí no me daba miedo nada. No, ni de Dios. Hay gente que dice: «No, a mí no me da miedo, sino de una ira de Dios». No, Dios no se emberraca con nadie. No, de la ira de su propia conciencia, tienen miedo de su propia conciencia.

Entonces, yo le dije:

—Sí, señor. ¿Qué? ¿Me va a encerrar aquí?

Me responde:

—Prácticamente ya está encerrado, porque es que es aquí donde a usted lo necesitan.

—Don José, ¡qué bueno! ¡Muchas gracias, primero que todo! Y ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué vamos a hacer? ¡Música, como un berraco! Porque ya lo oímos y es muy interesante. De manera que apure de una vez, si quiere, subamos a mi oficina, cuadremos cómo es que vamos a hacer. ¿Cuánto me va a cobrar?

Yo sin saber nada, yo qué voy a saber. Casi que se lo dejé a su propia voluntad, le dije:

—Don José, con mucho gusto estoy dispuesto para lo que usted me diga.

—Yo le voy a pagar tanto y me firma un contrato de exclusividad —me dijo—. ¿Cómo le parece?

Y pensé: «Le voy a firmar a ese señor a ciegas, porque yo no sé qué voy a firmar».

Entonces me dijo:

—Yo le explico. Estamos en la principal fábrica principal de discos en Colombia. Aquí usted será representado y tendrá el apoyo de Discos Fuentes. Aquí va a ser parte de todo lo que hagamos. Se le va a pagar todo, en cualquier forma, de lo que hagamos acá y, fuera de eso, va a tener sus regalías y yo, por el inicio del contrato, le voy a pagar equis plata. Puede pasar por la caja, donde Maruja, y reclamar un cheque a favor suyo.

Así hice y salí feliz porque me dieron un cheque por 6000 pesos. En aquella época era una millonada para mí. Me quedé en Discos Fuentes y ahí formé toda mi historia musical. Porque ahí nos conocimos, ahí vino todo el elenco que hacía parte, no solamente musical, sino técnica. Estaban los directores artísticos, los grabadores, los ingenieros, hasta la señora del aseo era parte de todo, porque era la que nos daba el tinto, la que nos decía: «Qué tan bueno esto, que tan bueno aquello». Ahí hicimos un clan, nos volvimos una potencia. Yo era en la ciudad casi que una eminencia. A mí me daba, porque yo no he servido para halagos, ni pantalla, ni nada. A mí me gustan las cosas bonitas.

Tuvimos una época en donde nos montaban en el carro de bomberos de la ciudad donde llegábamos. Eso era con arcos de flores, con bombas, con un poco de cosas, porque fue una época impresionante. No en nuestro país. Aquí en Latinoamérica, en Estados Unidos, en Canadá, donde fuimos parte de los Juegos Olímpicos de Invierno del año

78. Éramos la sensación. Allí desplegué toda mi inspiración, mis cosas y tuve la oportunidad de crecer, de viajar, de estudiar con todo el conocimiento y el roce de las clases sociales de muchos pueblos, de muchos países y hasta el día de hoy y sin dejarles de contar que unos años atrás me senté a recapacitar sobre mi futuro y mi vejez. Entonces, en unión con mi querida compañera y esposa, a la que cual amo con toda mi alma, nos pusimos en el plan de qué queríamos desarrollar de una vez, con soltura y tranquilidad un buen espacio. Entonces reunimos unos ahorros y me puse a trabajar con otra cosa fuera de la música, me puse a trabajar con compra y venta de propiedades, apartamentos, más que todo en el caso mío, a lo muy bajito, porque así empezamos. Cosa que fui llevando a cabo y no solamente me dio mucha experiencia, sino que me daba la satisfacción salir adelante en buenos negocios y poder ya empezar a disfrutar, por ejemplo, de paseos, poder decirle a mi esposa: «Nos vamos a Estados Unidos a pasear, nos vamos para México, nos vamos para Sudamérica, nos vamos a Europa». En fin, que con este trabajo tuve muchas satisfacciones y grandes resultados.

El artista que se dedica a la música en nuestros países no tiene mucho futuro. Desafortunadamente, hay riqueza, créditos en baluartes, creadores, grandes músicos, pero no hay quien nos apoye, ni el que nos brinde un respaldo por intermedio de sindicatos o de las empresas. Hemos sido explotados, eso es el final de todo. Entonces, estaba el negocio de la música, pero yo era cuidadoso. Si ganaba en un fin de semana 500 000 pesos, yo ponía en mi

bolsillo derecho 400 000 para mi casa y 100 para rumbear. Muchos de mis compañeros hacían lo contrario. No es por nada, pero si uno quiere tener algo tiene que poner de su parte y sacrificarse.

MCh: ¿Usted siente que le han pedido más como músico? ¿Más preparación, menos preparación? ¿Le pedían ideas o menos ideas? O le decían «dame otra cosa, no, eso no me gusta». ¿Cómo ha progresado? Porque ahora es distinto con el *sampler*. Hoy en día hay mucha flexibilidad e incluso no están todos juntos y están separados. Entonces, ¿cómo usted le ve como músico esa progresión de lo que le pedían?

MS: El más grato recuerdo que tengo es el roce con músicos superprofesionales, estudiosos del conservatorio que me decían: «Mariano, ¿vos cómo hacés para tocar todo eso? ¿Vos cómo te acordás de todo eso sin leer música?». Y les dije: «Afortunadamente, lo hace mi mente. Yo tengo una buena memoria».

He tenido el agrado de compartir con grandes músicos y he tenido un aliciente de darles ideas a ellos, siendo yo empírico. A mí se me viene una idea en el momento que estoy cuando tocando, meto cualquier cosa e inmediatamente, me dice: «Un momentico, vas a hacer eso y decímelo, volvé a hacerlo y decímelo cómo lo estás haciendo, que lo voy a copiar», me dice el profesor. Yo ejecuto, yo hago cosas, yo hago eso y el profesor inmediatamente pasa a transcribirlo y lo elabora ya profesionalmente. Como también me llamaban para algunas grabaciones esporádicas fuera de la empresa: «Mariano, queremos que nos acompañéis en esto y que hagás algo

que te nazca a ti. Escucha esta canción». Me ponían la canción, yo escuchaba y le decía: «Bueno, yo le puedo hacer esto o esto». «Sí, sí, eso me gusta, haz eso». Una vez con un gran músico fastidiosito..., me dice: «Eso es inventado». Y le dije: «Sí, señor, es pensado, ¿por qué?», y me dice: «¿Vos escribís eso?». «No, yo no estoy escribiendo nada, yo no sé leer música. Yo no escribo, yo no leo. Por eso invento». Entonces, el director que estaba ahí... Eso sí, recuerdo el nombre, se llama Jaime Uribe, un gran músico de nuestra música, de nuestra tierra.

CC: Jaime Uribe fue fundador de Los Hispanos y después de Los Graduados. Y él tocaba con músicos que no eran de la academia, a pesar de que él sí es músico del Bellas Artes, pero él tocaba bambucos, música tropical y también una sonata. Don Jaime era importante porque ayudó a construir el imaginario de que la música es música. Independiente de quién la toque. Si es talentoso y es creativo y lo demuestra, está por encima de cualquier cosa. Fue lo que seguramente sucedió.

MS: Les complemento con algo que también me sucedió ya en actuaciones. Tengo una anécdota muy linda con Roberto Ledesma: salí acompañándolo a él y estábamos inaugurando un nuevo hotel, en la ciudad de Pereira. Con los invitados del hotel, «gente de la alta», como decimos nosotros. Se estaba desarrollando el *show* cuando, en un momento dado, la señora del gobernador le dijo: «Por favor, ¿me puedes cantar tal canción?». Y entonces Roberto volteó donde nosotros estábamos en el escenario y me dice: «Están pidiendo tal canción, pero no la tenemos aquí

en carpeta». No estaba la canción, para ninguno. Entonces yo le dije: «Maestro, si tú gustas, yo te acompaño a esa canción con la guitarra». Me ha dicho: «¿Tú me acompañas con la guitarra?». Y le dije: «Sí, maestro, con mucho gusto». Ahí mismo volteó donde el ingeniero de sonido y le dice: «¡Hágame el favor y me le sube el volumen a esa guitarra! Póngame esa guitarra por todo este salón». Y empecé: [cantando *No*, de Armando Manzanero], «No, porque tus errores me tienen cansado, porque ya lo nuestro se ha terminado».

Empecé detrás de él y llegó un momento en que se voltea para tomarse un intermedio, yo hice un intermedio y lo miraba de reojo, pero no muy de frente para que no me fuera a regañar o me fuera a decir nada. Pero él tranquilo, siguió y terminamos. Luego volteó y vino hacia mí y me dijo:

—Caballero, ¡usted es un músico!

Le pregunto:

—¿Por qué, señor?

Y me dice:

—Porque un músico es el que sigue hasta la sombra. Porque si solo fuera lector, en el momento en que esté tocando pasa un ventarrón, o un pájaro o cualquier cosa le lleva el papel, ahí queda el músico. Yo soy cubano, pero para mí un músico eres tú con ese oído que tienes y con esa capacidad de desplazarte con armonía ante cualquier espontaneidad.

MCh: Don Mariano, una pregunta inevitable: Julio Jaramillo. ¿Tocó o conoció a Julio Jaramillo?

MS: Nunca pude tocar con él, pero sí compartí en espacios con él. Me dio

mucho pesar el final de Julio, porque no merecía ese final. Aunque yo digo que murió feliz, murió en su ley. Murió en lo que le gustaba, como quería, porque, desafortunadamente, hay una ironía en la vida, uno no se imagina ni puede comprender cómo esos cantantes tan inmensamente grandes y que vendieron miles y miles de discos, y murieron tan mal. Casi todos murieron pobres. Vea el final de Nelson Pinedo, por ejemplo. Una estrella esperando ser deportado y consiguiendo algo para que le ayudaran para ir a Venezuela. Y así por el estilo muchos. Por eso excúseme, yo he prevenido algo de eso. En mi conciencia de mi trabajo, me he sacrificado, pero he disfrutado y disfrutado mucho mi actual vida, la cual me lleva con una salud primero que todo mental y segundo casi que física, porque yo tengo 75 años, pero a mí no me da miedo montarme en un caballo, a mí no me da miedo montarme a un árbol de mangos o a un palo de guayaba, yo me desplazo por donde quiera.

Luego, hubo un grupo de amigos que me decían: «Mariano, enséñame un poquito de guitarra». Médicos, pintores, gente profesional. «¿Qué hago contigo? No sé si tendré tiempo». «Cuando queráis». Y empecé y hubo un momento en que se me convirtió también en otro negocio. Yo semanalmente tenía 20, 25 alumnos de música, en mi propio barrio que se llama El Poblado, en la ciudad de Medellín, que me pagaban una buena tarifa. Y yo empecé y empezó a entrar otro gran impuesto.

MCh: Una pregunta inevitable. ¿Cómo ha enseñado la guitarra sin haber tenido formación antes?

MS: Sospechaba que me iba a preguntar eso. Yo no les enseñé a escribir música ni a leer música porque no sé. «No, eso no. Nosotros no estamos para eso. Nosotros ya tenemos nuestra profesión», me decían. Entonces dije: «Cómprase una guitarra y traiga un cuadernito para yo ponerle ejercicios». Ejercicios que se basaban simplemente en número por los trastes, como los cajoncitos que trae el diapasón de la guitarra con las cuerdas, de la primera hasta la sexta. Yo le decía un ejercicio: «Bueno, vas a hacer este ejercicio». «¿Y cómo lo hago?», «Bueno, en el espacio tres la cuerda dos. En el espacio cuatro, la cuerda tres».

CC: Una tablatura.

MS: ¡Ese nombre lo descubrí más adelante!

CC: Es una tablatura antes de la tablatura.

MS: Perdóname, una cosa que se me pasaba. Cuando yo estaba en el *grill* y compré mi primera guitarrita, yo hacía el aseo, limpiaba los baños, las mesas, la pista de baile y después me iba para el bar. Picaba todas las ensaladas y me quedaba tiempo en la semana. Cuando no había mucha clientela, me iba para un salón y yo ponía la música de los Matamoros, los Teenagers, los Corraleros, todo eso. Como estaba empezando a aprender la guitarra, me compré un cuaderno y ponía los dedos en un lado o en el otro, lo que sonaba bonito lo anotaba. ¡No quitaba los dedos [de la mano izquierda] para que no se me fuera a olvidar! Me inventé un tono, después llegaba a otro y ponía otro, me decía: «Este salió con el otro y

puedo cantar». Así empecé a inventar, tenía todos los tonos en un cuaderno inventados y escritos.

MCh: ¿Y qué nombre les daba? ¿Usted les daba algún nombre a esos tonos?

MS: Sí, yo le ponía primero, segundo. Llegué hasta el 17. Cuando yo entré al grupo, se me olvidó todo y comencé a mirar al pianista, cómo tocaba y yo le preguntaba:

—¿Qué nota es esa?

—Un do.

—¿Y este?

—Un mi, y este es un sol y este un si.

—Si, a ver, ¿dónde tengo yo aquí? Cuando el sol... tocámelo.

Y yo lo buscaba aquí. «Este es el do. Ya te conozco. Este es el re». Me los grabé de memoria. Para resumir, les digo una cosa. Yo guardé ese cuaderno como una alhaja para mí, es decir, los primeros tonos que yo me inventé. Las cosas fueron pasando, entré a la orquesta de Fruko y fui a los Estados Unidos, a Nueva York. Cuando yo estaba en Colombia y llegué del campo a la ciudad, la primera vez que yo me monté en un bus para ir al centro de la ciudad, me regalaron el pasaje, yo me fui en ese bus feliz, conociendo por todas partes, mirando, montándome al bus. Cuando llegué al centro de la ciudad yo dije: «Voy a conocer todo. A ver, ¿qué conozco de Medellín?». Y yo llegué y me bajé del bus y me paré en una esquina, me dije: «Ese edificio anaranjado, aquel que tiene una luz arriba. Aquí hay una farmacia». Arranqué de esa cuadra derecho. Cuando llegaba a otra esquina miraba para atrás para

ubicarme. Así conocí la ciudad hasta que me volví un gato y andaba por todos los rincones.

CC: Entonces, el libro, ¿lo tienes todavía, pues?

MS: Resulta que cuando llegué a Nueva York, me pasó lo mismo. Nueva York puede ser lo que sea y yo puedo ser pobre, negro, montañero y feo, pero pen-dejo no soy. Y salí a buscar algo para comer. Andando por la calle pasé frente a un almacén de música. Era una cosa impresionante. Me asomo a la vitrina y veo un libro con una guitarra, me acerco y leo que tenía 2444 acordes de guitarra. Eso lo deduje porque estaba en inglés, pero eso es otra cosa. Me puse como hasta los nudos y miré por donde entrar y le grité al vendedor: «Señor, señor». «What happened?», me dijo. ¿Qué era «what happened»? Le hice señas de lo que quería y me dijo que el libro costaba 25 dólares. Me volví para el hotel, porque yo no salgo con plata porque de pronto me la gasto. Regresé a la tienda y compré el libro. Se me olvidó la comida, se me quitó el hambre. Y yo era feliz con el libro. ¡Dios mío! ¡Me dieron unas ganas de llorar! Yo sentía una impresión tan grande. Todo era una sorpresa para mí. Yo abrí el libro que era muy explícito, porque ahí sí veía el diapasón de la guitarra con las posiciones y sus nombres. Fue cuando entendí que era pesado mi cuaderno. Yo inventando y todo estaba ahí. Ya todo estaba hecho, pero yo no sabía. Ese libro fue para mí el único maestro.

MCh: ¿Y qué pasó con su cuaderno manuscrito?

MS: Ese cuaderno al cabo del tiempo desapareció porque lo tenía guardado en un closet donde mi hermana y en ese clóset hubo una humedad tan grande que el cuaderno se deshizo.

MCh: No, pero es que yo creo que el inicio fue importante porque usted estaba escogiendo lo que usted le gustaba, en los 2444, acordes está todo, pero no lo que a usted le gusta. ¿Usted cómo sabe si todo le va a gustar o no? Porque es distinto lo que uno escoge.

MS: Claro. Pero una explicación muy necesaria. En el caso de ustedes podrían decir: «¿Cuándo uno se va a aprender 2444 acordes?». ¿No? ¿Están todos? Didácticamente están escritos y explicados para uno saber que hay demasiadas descendencias de un do. Que, por ejemplo, un do mayor se puede hacer en distintas posiciones y alturas sin perder el tono madre y la esencia real de la corte. Entonces, un solo tono podría estar ejemplarizado en 20 o 30 formas distintos. De esa forma todos los tonos suman. Además, hay tonos disonantes. Es como cuando usted hace una sopa, usted le echó los mariscos y le echó la yuca. Y dice: «A esto le falta sazón». Entonces, empieza a echarle azafrán, que tomatico, que cebolla, que esto. Eso mismo pasa con la música. Tú haces un acorde aquí y de pronto te da por poner un dedo por aquí a ver qué sonó. Y resulta que era otro color, con un paisaje más bonito. Todo eso se transforma y se constituye en una forma de hacerlo. Cuando uno resume todo eso, no necesita tanto para hacer buena música. Simplemente es

creatividad, voluntad y tiempo para expresarlo.

MCh: Cuando le enseñaba a la gente, le enseñaba como pedacitos, trocitos. ¿O le enseñaba canciones? ¿O las dos cosas?

MS: Es una mezcla, en la medida en que aprendía trocitos de sonidos, los mezclaba en las canciones. Yo, por ejemplo, voy en mi carro escuchando la radio, oigo una melodía nueva que no he oído, me concentro, escucho la melodía y apago la radio. Y luego a la casa, cojo la guitarra y me la grabo en la cabeza. Lo básico. No todo, porque digamos que no creo que haya un cerebro capaz de coger todo: introducción, armonía, melodía. Por ejemplo, acabo de escuchar una canción de un argentino, no recuerdo cómo se llama. Me sorprendió porque tenía un argumento, una letra muy bonita. ¿Cómo es? Inmediatamente copié la armonía para que no se me olvidara. ¿Cómo es? Permítame que aquí le recuerdo. Bueno, en fin, lo que hago es copiarla, pero ya en el transcurrir de los años, mi poco conocimiento de música se redujo a que puedo escribir lo que dice el profesor.

MCh: ¡Qué interesante todo esto que nos comentas, Mariano! La verdad, ha sido un gusto tenerte con nosotros. Gracias por compartir con nosotros todas estas anécdotas, algunas muy íntimas. Ha sido un lujo, para nosotros, poder escuchar tu guitarra aquí en Guayaquil. ¡Esperamos nos visites de nuevo pronto!